

Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo

Solemnidad de San Pedro y San Pablo

Festividad de San Pedro y San Pablo. Ciclo C
He 12,1-11; Sal 33,2-9; 2 Tm 4,6-8.17-18; Mt 16,13-19

En aquel tiempo, al llegar Jesús a la región de Cesarea de Felipe, preguntó a sus discípulos: ¿Quién dice la gente que es el Hijo del Hombre? Ellos contestaron: ...

Tomando Simón Pedro la palabra, dijo: Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo. Jesús le respondió: ¡Bienaventurado eres, Simón, hijo de Juan!, porque eso no te lo ha revelado la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Te daré las llaves del Reino de los Cielos y lo que atares en la tierra, será atado en el cielo y lo que desatares en la tierra, quedará desatado en el cielo.

Lectura de los Hechos Apóstoles: cuenta que un ángel del Señor liberó de la cárcel a Pedro (12,1-11).

El libro de los Hechos dedica los doce primeros capítulos a los sermones y actos de San Pedro y continúa luego con la obra de San Pablo. En esta perícopa, San Lucas cuenta que Dios libró a San Pedro de la dejación de los judíos y de la política de Herodes. Todo este relato de la liberación de Pedro se desarrolla entre lo maravilloso de la leyenda y la sobria realidad de la historia.

Herodes Agripa I, dependiente y sumiso al Imperio Romano, por congraciarse con los judíos y, en especial, con los fariseos, había emprendido una escalada represiva contra el naciente cristianismo; primero persigue a los cristianos helenizantes que seguían al protomártir Esteban, después manda decapitar al Apóstol Santiago, dato que desdice, sin lugar a dudas, el título de evangelizador de España que le otorga una tradición tardía; y, por fin, encarcela a Pedro, para ejecutarlo en público ante la algazara del pueblo. Según la costumbre romana, Pedro ha sido encadenado a sus dos guardianes, que responderán con su propia vida de la seguridad del reo. Por ley, los soldados responsables de la custodia de un reo, si lo dejan escapar tienen que sufrir la pena del fugitivo (cfr. 16,27; 27,42). Este siniestro reyezuelo que persigue a la Iglesia Naciente recuerda a su abuelo que persiguió a Jesús recién nacido.

El texto narra la experiencia salvífica de Pedro, milagrosamente liberado de las cadenas del sanguinario rey, por un ángel del Señor, que lo libera. Esta intervención liberadora recuerda la salida de Egipto, y, a la vez, la Pasión y Resurrección de Jesús. Precisamente tiene lugar en los días de Pascua y de noche; el ángel del Señor, igual que, en la primera Pascua, sacó al pueblo de la opresión, aquí vino a desencadenar a Pedro, que huye de Jerusalén e inicia su éxodo hacia los paganos.

La pequeña comunidad cristiana de Jerusalén está reunida entre tanto en casa de María, la madre de Marcos, el evangelista, en donde Jesús había celebrado la Cena con sus discípulos. Así la oración acompaña a Pedro, al que no supo velar en Getsemaní, en su angustia de aquella noche.

La liberación de Pedro se inscribe entre las intervenciones salvíficas por las que Dios ha liberado a los suyos de la mano de los perseguidores. Dios conduce la historia de la Iglesia como dirigió la historia de Israel. En manos de Dios, la vida es siempre historia de salvación. El primer Pontífice vive en sí mismo la experiencia del pueblo escogido, que prefigura el nuevo y auténtico pueblo de Dios; el representante de Cristo recorre el mismo camino del Maestro, persecución y salvación son los signos confluyentes del cristiano. Esa libertad de Pedro significa la liberación de la Iglesia; ambos se desprenden y salen de la opresión del judaísmo y del legalismo, decididos a consagrarse así a la misión salvadora. Al librarse de la prisión judía, Pedro deja y escapa de toda prisión humana, de toda coyunda que ata el anuncio evangélico en el reducto de un pueblo, de una clase, de una época, para libre y voluntario proclamar al mundo los dones del Reino de Jesucristo.

SALMO RESPONSORIAL:

"El ángel del Señor libraré a los que temen a Dios. Bendigo al Señor en todo momento, su alabanza está siempre en mi boca; mi alma se gloria en el Señor: que los humildes lo escuchen y se alegren. Proclamad conmigo la grandeza del Señor, ensalcemos juntos su nombre"

"Proclamad conmigo la grandeza del Señor, ensalcemos juntos su nombre. Yo consulté al Señor y me respondió, me libró de todas mis ansias" (33,2-9).

Lectura de la segunda carta de San Pablo a Timoteo:

Querido hermano: Yo estoy a punto de ser sacrificado y el momento de mi partida es inminente ... (4,6-8.17-18).

Este texto, por su tensa y emotiva claridad exige poco comentario. El Apóstol, tras haber terminado su combate con éxito, firme en la fe, ve inminente su hora. Ha predicado y llevado el Evangelio a las naciones gentiles; ahora, al final, cargado de cadenas como un criminal, está en la cárcel de Roma (1,8.16); nadie ha salido en su defensa ante el tribunal que le juzgaba; ha tenido que presentarse ante el Cesar y todos lo han abandonado, no ha encontrado ni un solo testigo. Siente que su muerte le ronda ya cercana y escribe a su hermano e hijo en tono de testamento.

Estando a punto de ser sacrificado, Pablo, lleno de satisfacción por haber cumplido el encargo del Señor, ve el pasado y el presente con total confianza en el amor del Padre, Dios. Acaba de tener una amarga experiencia. Pablo entiende su muerte próxima, como un sacrificio de libación, que ofrece a Dios y en el que va a ser derramada su sangre (Fil 2,17). Es el rito sagrado de libación en el que, después de probar un líquido, se derrama sobre el altar, sobre la víctima o la tierra. En los sacrificios judíos y paganos se practicaban libaciones de agua, vino y aceite (cfr. Ex 29,40; Num 28,7). Pablo acepta serena y confiadamente la muerte, en la certeza de que se vive y se muere siempre para el Señor (Rom 14,8); se refiere al sacrificio existencial de su vida como coronación de su actividad apostólica. Está dispuesto a hacer el sacrificio total. Toda la vida de Pablo ha sido un sacrificio, ya no le queda sino la liberación. Mediante las imágenes recurrentes del atletismo, explica su entrega plena y total a la proclamación del Evangelio, espera recibir la corona del triunfo eterno; y advierte que hay una corona para cada uno de cuantos viven en esperanza, para todos los que viven llenos de amor al Evangelio, que tienen amor a Dios y al hermano.. Da la gloria al Señor (cfr. Rom 9,5; Gal 1,5; Fil 4,20), pues su triunfo es el del Señor, cuya fuerza se ha manifestado en medio de la debilidad y los apuros de quien le ha servido.

Sabiendo que, inminente, la muerte se acercaba, redactó este su testamento. Iba a derramar su sangre, culminación de su inmensa obra apostólica. al final de su vida, está lleno de esperanza y optimismo, porque tiene conciencia de haber luchado el combate legítimo y de haber guardado las reglas del juego. El anuncio del Evangelio lleva consigo dolor y sufrimiento; precisa todo el esfuerzo y una entrega total. El que se proponga vivir como buen cristiano será perseguido. Urge a Timoteo a que se entregue generosamente al cumplimiento del deber que le impone la vocación recibida. Pablo ha vivido en su carne lo que había recomendado a los demás: hay que tener los sentimientos de Cristo.

Día del Papa:

La Iglesia celebra este domingo el Día del Papa al coincidir con la festividad de San Pedro y San Pablo. Todos los católicos del mundo nos unimos a esta celebración, porque el Romano Pontífice es, dice el Concilio Vaticano II, "el principio y fundamento perpetuo y visible de unidad, tanto de los obispos como de los fieles" (LG 23).

Jesús edificó sobre la Roca de Pedro la Iglesia con todos los obispos de Roma y por eso vemos en el Santo Padre la imagen más cercana, más segura y más querida de Cristo, Buen Pastor. Roguemos por las intenciones de Su Santidad y pidamos por él.

EL EVANGELIO según San Mateo, expone hoy la conversación de Jesús con sus discípulos, en que Pedro recibe la proclamación de su primado (16,13-19).

Se centra en el noreste de Galilea, región de los paganos, que, no siendo enteramente una zona extranjera, de algún modo se puede llamar así. Aquí aparece por primera vez el término Iglesia, referente a la congregación seguidora de Jesucristo. Ya, en el capítulo 14, San Mateo hace decir a los discípulos que Jesús es el Hijo de Dios (Mt 14,33). Hoy lo reafirma Simón, Pedro y Jesús le entrega las llaves del Reino a un hombre sobre la tierra. La afirmación de Pedro es el cimiento firme: Pedro, Piedra fundamental de sustentación; en la identificación de la entidad de Jesús, Hijo de Dios, se cimenta la asamblea cristiana. Construcción asentada en la consistencia divina, invencible a los ataques hostiles del infierno. Como ya dijo el Maestro: "Vinieron las lluvias, se desbordaron los ríos y los vientos soplaron violentamente contra la casa; pero no cayó, porque estaba construida sobre un verdadero basamento de piedra" (Mt 7,25).

Tras la ratificación de Pedro, la imagen de las llaves le otorga el poder de perdonar y decretar; Simón, por su clarividencia profética, será la piedra angular que sostendrá toda la estructura en solidez y firmeza. La respuesta: "Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo", es la esencia de la fe del cristiano, la formulación mental de la capacidad evangélica del discípulo. La preeminencia de Pedro nace de la rocosa determinación de un hombre que va a preservar el reconocimiento mesiánico de Jesús en el descubrimiento personal de cada uno en la intimidad de sí mismo. La respuesta a la pregunta: "Vosotros, ¿quién decís que soy yo?" es el centro de la fe; muestra la dimensión personal a una opción interna y radical: Cristo permanece presente en la Iglesia; ella es Cristo Vivo.

Se sabe que hoy la Iglesia no priva; no se admite con facilidad la mediación eclesial; se acepta a Dios y a Cristo, pero cuesta mucho creer que la Iglesia reporta la salvación. Se desoye que la Iglesia es el Cuerpo de Cristo, que la comunidad eclesial es la plenitud de las esperanzas, y que hace presente el amor del Padre. La debilidad en la fe hace ver ante sí una Iglesia llevada por hombres que, como todos, son pecadores y cargados de miserias y deficiencias. Y no estriba tanto en el asunto jerárquico, como en la comunidad cristiana. Aceptar y creer que un hermano nuestro es el Cuerpo de Cristo resulta un hecho enormemente problemático por la difícil comprensión mutua. La fe en la iglesia es imprescindible y vital; el que anda recto, pertrechado de su fe, por encima de de faltas, yerros y contrariedades, ha de hallar, en el seno de la Iglesia, la imagen del buen samaritano, del perdón a la adúltera y las lágrimas con el dolor de la viuda de Nahím; y la enorme cantidad de sacerdotes entregados y santos, de innumerables misioneros, y de muchos Juanes XXIII, J. Pablos II, Eyacurías, obispos Romeros y Teresas de Calcuta.

En la tradicional festividad de San Pedro y San Pablo, día del Papa, que es, como dice el Concilio Vaticano II, "el principio y fundamento perpetuo y visible de unidad, tanto de los obispos, como de la muchedumbre de los fieles" (LG 23), la Iglesia pone su mirada en los dos Apóstoles, columnas del pueblo fiel. Su celebración viene a recordar la fe intrépida de Pedro, que proclama la Mesianidad del Hijo de Dios, a la vez que lloró amargamente sus negaciones, y la obra inmensa de cristianización, casi incompresible, que cumple Pablo entre los gentiles. Los creyentes, que navegamos en la barca de Pedro con la esperanza de alcanzar las costas de la eternidad, hemos de no olvidar que la fe acarrea riesgos y exigencias, y que nuestras debilidades, superadas con la conversión purificadora, no impedirán ejercer el deber y, con fe arraigada, anunciar a Jesucristo, el Salvador, a todo el mundo. Ya Resucitado, Jesús, le entregó el rebaño a Pedro, para llevarlo a los pastos. Y le encargó, junto con los apóstoles, predicar el Evangelio por todo el mundo.

Ambos Apóstoles, fundamento de la Iglesia, demuestran su grandeza en el sufrimiento y el martirio, en su fe y predicación. Se entregaron de lleno a insertar y difundir el cristianismo; sus vidas fueron de adversidad y penas. Dieron el paso, siguieron a Jesucristo y ya nunca lo dejaron. En el padecimiento, como Cristo, tuvieron el auxilio del ángel y comprendieron el camino de su vocación. Pablo, hombre cariñoso y afable, bajo apariencia de severidad, se muestra alegre y satisfecho del esfuerzo realizado y de mantener firme su fe.

Pedro fue el primero en confesar la fe, Pablo, el doctor y teólogo eximio que la conformó; el uno dio impulso a la Primitiva Iglesia, el otro la llevó y asentó en todas las naciones. Por vías diferentes, los dos levantaron la Iglesia y los dos abrazaron la cruz en el martirio.

Camilo Valverde Mudarra